Jueves, 3 de Diciembre

Las Tres Familias

por Enrique Ghersi

Probablemente la palabra que más se use y escuche actualmente sea "desarrollo" —o "subdesarrollo", que es lo mismo pero al revés—. Y, sin embargo, pocos son los que pueden dar una explicación completa de lo que significa. En cierta forma el desarrollo es un concepto equívoco y, como todo concepto equívoco, inagotable.

La teoría moderna del desarrollo tiene tres tradiciones o familias. La primera es la que identifica el desarrollo con el crecimiento económico. Los trabajos del australiano Colin Clark ("Condiciones del Progreso Económico") y del francés Jean Fourastié ("Revolución en Occidente") aportan las líneas generales de esta primera vertiente.

La tradición del estudio estadístico presta suma atención a los productos brutos internos y las rentas por habitante. Pero, más recientemente, ha devenido en una serie de proposiciones historicistas que generalizan peligrosamente sin alcanzar a distinguir las modificaciones cualitativas que las sociedades en expansión experimentan.

Esta vertiente cuantitativa del desarrollo descansa en una creencia ampliamente difundida: que todas las comunidades humanas están orientadas hacia un mismo destino histórico —el "desarrollo"— y que las actuales diferencias entre ellas solamente corresponden a las distintas etapas que la marcha común importa.

La importancia del crecimiento económico es indiscutible. Pero el desarrollo no es solamente modificación cuantitativa, sino también cualitativa. No sólo acontece un crecimiento económico, sino un progreso social que no debemos soslayar. Además, carece de sentido sostener que todas las comunidades convergen en un mismo destino histórico. El estudio estadístico, aparentemente científico, deviene en ideológico, con lo cual pierde mucho de su valor.

La segunda familia prefiere atender más al contraste entre los países ricos y los países pobres, que a los estudios del crecimiento interno. Como teoría negativa, la vertiente del contraste termina por embarullarse con sus propios argumentos y por definir el desarrollo como lo contrario al subdesarrollo, y a éste como la ausencia de aquél. Sus sostenedores acusan, las más de las veces, notorias perturbaciones ideológicas que tergiversan, si no empobrecen, sus conclusiones. Numerosos burócratas internacionales, de la Cepal, Onu, Oit, Unesco, etc., suscriben con bríos estas propuestas, muy dadas a reclamar la creación de "nuevos órdenes internacionales" para las cosas.

La tradición del contraste, como la del crecimiento económico, descansa en una creencia de no menor difusión: que la modernización es el paso de una "estructura" a otra y la liberación de las dependencias. A su vez adherida a otro mito político: ése que afirma que los Estados son mejores que las personas, y que mediante su participación es posible corregir los defectos del mercado.

Una tercera familia es la que pregunta por la causa eficiente de la modernización y por el objetivo del desarrollo. Para el efecto, compara las economías y sociedades soviéticas y occidentales, de manera que de sus rasgos comunes se pueda deducir una tipificación del desarrollo. Efectuada la comparación, concluye que si bien es cierto que una sociedad en expansión se preocupa por producir cada vez mayor cantidad de productos, ello no sería posible si no se aplicara el conocimiento técnico a la vida económica. El aprovechamiento racional de los recursos es la base de la acumulación. Ese aprovechamiento es fruto de la ciencia.

La tercera familia despoja al "desarrollo" de ese extraño misticismo del cual se le ha rodeado, explicando que no es más que un proceso hacia la industrialización, cuya causa eficiente es la ciencia. Sería, entoces, la Sociedad Industrial el concepto relevante, por ser el objetivo del desarrollo.

No niega la trascendencia del crecimiento económico, simplemente despoja a la primera familia de su escueta naturaleza estadística y de sus peligros historicistas. No recusa la necesidad de modificaciones cualitativas, sino sostiene que el paso de una "estructura" otra no origina el desarrollo, como tampoco lo hace la liberación de los llamados imperialismos. Se muestra escéptica de la supuesta capacidad de los Estados para garantizar la justicia. Reune al crecimiento económico y al progreso social en un solo proceso desatado por el aprovechamiento racional de los recursos —sea por el mecanismo que fuere: el plan o el mercado— que el espíritu científico facilita.

Suscrita por Raymon Aron luego de la II Guerra Mundial, y acogida al principio con reservas, la tercera familia resulta hoy verdaderamente atractiva para los intelectuales conocidos como la "nueva derecha", y, qué no decir, para nuestra reflexión hispanoamericana, tan deprimida por prejuicios, errores y fantasmas que forman pesada rémora para una comunidad que aún no ha dado todo lo que puede, ni demostrado de cuánto es capaz.